

Por unos demonios más

Kim Harrison



Traducción de Laura Rodríguez Gómez



PANDORA

## Libros publicados de Kim Harrison

### **RACHEL MORGAN**

1. Bruja mala nunca muere
2. El bueno, el feo y la bruja
3. Antes bruja que muerta
4. Por un puñado de hechizos
5. Por unos demonios más

Próximamente:

3. *White Witch, Black Curse*

Título original: *For a Few Demons More*  
Primera edición

© Kim Harrison, 2007

Ilustración de portada: © Opalworks

Diseño de colección: Alonso Esteban y Dinamic Duo

Derechos exclusivos de la edición en español:

© 2011, La Factoría de Ideas. C/Pico Mulhacén, 24. Pol. Industrial «El Alquitón».  
28500 Arganda del Rey. Madrid. Teléfono: 91 870 45 85

© Pandora Romántica es un sello de La Factoría de Ideas

informacion@lafactoriadeideas.es  
www.lafactoriadeideas.es

ISBN: 978-84-9800-690-2 Depósito Legal:

Impreso por Blackprint CPI

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra. 7

Al hombre que sabe que la  
rosa es más hermosa cuando  
todavía tiene espinas.

## Agradecimientos

Me gustaría dar las gracias a las personas que han estado a mi lado casi desde el primer día, cuyos esfuerzos combinados y conocimiento del mundo empresarial han tenido un papel tan decisivo a la hora de llevarme hasta donde nunca había soñado: mi editora, Diana Gill, y mi agente, Richard Curtis.



Dar un puñetazo a la parte de atrás de mi armario no era uno de los sueños más agradables que había tenido. En realidad me hice daño. El dolor interrumpió mi cómoda bruma somnolienta y sentí mi parte primitiva, que nunca duerme, midiendo serenamente cómo intentaba reunir fuerzas para despertarme. Con un espeluznante sentimiento de desconexión, observé lo que ocurría, incluso cómo en mi sueño arrancaba la ropa de la barra y la tiraba sobre mi cama arrugada.

Sin embargo, algo no iba bien. No me estaba despertando. El sueño no se estaba deshaciendo pasivamente en fragmentos difíciles de recordar. Entonces, sentí una sacudida y me di cuenta de que estaba consciente, pero no despierta.

¿*Qué demonios...*? Algo iba muy, pero que muy mal y mi instinto me envió una corriente de adrenalina que me atravesó pidiendo que me despertase. Pero no fue así.

Respiraba rápido y de manera irregular y, después de vaciar el armario, me tiré al suelo y golpeé con los nudillos las tablas en busca de un compartimento secreto que sabía que no estaba allí. Asustada, me armé de voluntad y me obligué a despertarme.

Sentí un intenso dolor en la frente. Me estiré en el suelo y dejé flácidos todos los músculos. Conseguí girar la cabeza, y así, en lugar de romperme la nariz, lo que sentí fue un dolor agudo en la oreja. Mi cuerpo estaba tumbado sobre la madera dura y fría, y la notaba a través del pantalón corto de pijama y de la camiseta. Mi grito salió como un gorgoteo. ¡No podía respirar! Había algo... algo allí conmigo. En mi cabeza. ¡Intentaba poseerme!

El terror me asfixiaba como una manta. No lo veía, no lo oía y apenas podía sentirlo. Pero mi cuerpo se había convertido en un campo de batalla, uno en el que no sabía cómo ganar. La posesión era un arte negro y yo no había recibido las clases adecuadas. *Maldita sea, ¿se supone que mi vida no es así!*

El pánico absoluto me dio fuerzas. Intenté meter las piernas y los brazos debajo del cuerpo para impulsarme. Conseguí apoyarme en las manos y en las rodillas y luego me di un golpe contra la mesilla de noche, que cayó al suelo y fue rodando hasta el armario vacío.

El pulso me martilleaba y el miedo a ahogarme se apoderó de mí. Conseguí llegar tambaleándome hasta el pasillo para pedir ayuda. Mi desconocido agresor y yo nos pusimos de acuerdo y, trabajando juntos, tomamos aire; aquel gesto se convirtió en un grito ahogado. *¿Dónde demonios está Ivy? ¿Está sorda?* Quizá todavía no había vuelto de su misión con Jenks. Dijo que volverían tarde.

Como molesto por la cooperación, mi atacante apretó con más fuerza y yo me desplomé en el suelo. Tenía los ojos abiertos y la manta roja que formaba mi pelo quedaba entre yo y el pasillo oscuro. Había ganado. Fuese lo que fuese, había ganado y yo entré en pánico al ver cómo me iba levantando con una lentitud escalofriante. Se me pegó a la nariz el intenso aroma a ámbar quemado procedente de mi piel.

*¡No!* Grité para mis adentros... pero ni siquiera podía hablar. Quería gritar pero, en lugar de eso, mi poseedor me hizo tomar aliento tranquilamente.

—*Malum*— me oí maldecir con una voz que tenía un extraño acento y una cadencia sofisticada que nunca había tenido.

Esa fue la gota que colmó el vaso. El miedo se convirtió en ira. No sabía quién estaba allí conmigo pero, fuese quien fuese, tendría que marcharse. Ahora mismo. Hacerme hablar lenguas desconocidas era de mala educación.

Me concentré y sentí el leve roce de la confusión de otra persona. Bien. Podría trabajar a partir de ahí. Antes de que el intruso se pudiese dar cuenta de lo que estaba haciendo, conecté con la línea luminosa del cementerio. Me invadió una sorpresa dura y extraña y, mientras mi agresor intentaba que me desconectase de la línea, establecí un círculo protector en mis pensamientos.

*La práctica hace al maestro*, pensé con suficiencia, y luego me preparé. Esto iba a doler muchísimo.

Abrí mis pensamientos a la línea luminosa con una despreocupación que no había osado tener antes. Y ocurrió. La magia entró produciendo un gran estruendo. Me desbordó el chi y se derramó por mi cuerpo, quemándome las sinapsis y las neuronas. *Tulpa*, pensé dolorida, y la palabra abrió los canales mentales para almacenar la energía. El torrente me habría matado si no hubiese quemado ya la estela de nervios que iban de mi chi a mi mente. Gimiendo, sentí que el poder volvía a abrasarme mientras se desplazaba velozmente hacia el círculo de protección de mis pensamientos, expandiéndolo como un globo. Así era como almacenaba la energía de la línea luminosa para utilizarla más tarde, pero a ese ritmo era como sumergirse en un tanque de metal fundido.

Un aullido interno de dolor resonó en mi interior y, con un empujón mental que reflejé con las manos, lo aparté de mí.

De repente sentí que un chasquido resonaba en mi interior y quedé libre de la presencia desconocida. Oí repicar las campanas en lo alto del campanario como si se tratase de un reflejo de mis actos.

En el pasillo, algo cayó al suelo y fue rodando y dando golpes hasta estamparse contra la pared situada al fondo del vestíbulo. Tomé aliento, levanté la cabeza y luego grité de dolor. Me dolía todo al moverme. Tenía demasiado poder de la

línea luminosa dentro de mí. Me sentía como si se hubiese instalado en mis músculos y al utilizarlos extrajese la energía.

—¡Ay! —jadeé, consciente de que había algo al final del vestíbulo que se estaba poniendo de pie. Pero al menos ahora sabía que no estaba en mi cabeza. Me latía el corazón, y eso también dolía. Dios mío, nunca había tenido tanto poder. Y olía fatal. Apestaba a ámbar quemado. ¿Qué demonios estaba pasando?

Dolorida pero con determinación, apreté el círculo de protección en mi mente hasta que la energía volvió a pasar por mi chi hasta la línea luminosa. Dolía tanto como recibirla. Pero cuando destejé el siempre jamás de mis pensamientos para dejar solo lo que mi chi pudiese soportar, levanté la mirada y miré a través de mi pelo enmarañado mientras jadeaba.

Oh, Dios. Era Newt.

—¿Qué estás haciendo aquí? —dije, sintiéndome cubierta de siempre jamás.

El poderoso demonio parecía confuso, pero yo todavía estaba demasiado fuera de todo como para apreciar su expresión de perplejidad: o bien era un adolescente barbilampiño o una mujer con los rasgos muy marcados. Era de constitución delgada y estaba de pie, descalzo en mi vestíbulo, entre la cocina y la sala de estar. Yo entrecerré los ojos y volví a mirar; sí, esta vez el demonio estaba de pie, no flotando, con sus largos y huesudos pies posados sobre las planchas del suelo. Entonces me pregunté cómo había conseguido Newt atacarme estando sobre suelo sagrado. Pero la extensión de la iglesia, donde estaba ahora, no estaba consagrada. Parecía desconcertado y llevaba una túnica roja que parecía una mezcla entre un kimono y lo que Lawrence de Arabia debía de ponerse en su tiempo libre.

La energía negra de la línea luminosa formó un borrón y de él surgió un báculo delgado de obsidiana en la mano de Newt, completando así la visión que recordaba de cuando había estado atrapada en siempre jamás y había tenido que comprarle un billete de vuelta a Newt. Los ojos del demonio estaban totalmente negros, incluso la parte que debería ser blanca, pero estaban más vivos que ningunos que jamás hubiese visto y me miraban sin parpadear desde los seis metros que nos separaban; seis metros de nada y una franja de suelo consagrado. Al menos, esperaba que siguiese estando consagrado.

—¿Cómo has aprendido a hacer eso? —dijo, y me quedé de piedra al escuchar su extraño acento y aquellas vocales que parecían clavarse en los pliegues de mi cerebro.

—Al —susurré, y el demonio levantó sus casi inexistentes cejas. Yo estaba apoyada contra la pared y no le quité los ojos de encima mientras me deslizaba por ella hasta ponerme de pie. No era mi intención empezar el día así. A juzgar por la luz, solo llevaba una hora dormida.

»Pero ¿qué te pasa? ¡No puedes aparecerte así sin más! —exclamé, intentando quemar algo de adrenalina mientras permanecía de pie en el vestíbulo con la minúscula camiseta y el pantalón corto que me ponía para dormir—. ¡No te ha invocado nadie! Y ¿cómo has podido tocar suelo sagrado? Los demonios no pueden tocar suelo sagrado. Está en todos los libros.

—Yo hago lo que quiero. —Newt examinó la sala de estar y tocó con el báculo el umbral como si estuviese buscando trampas—. Y si sigues haciendo suposiciones como esa, acabarás muriendo —añadió el demonio mientras se ajustaba el filamento de oro negro que brillaba al contacto con el rojo intenso de su túnica—. Yo no estaba en suelo sagrado, lo estabas tú. Y Minias... Minias dijo que yo escribí la mayoría de esos libros, así que, ¿quién sabe lo que hay de cierto en ellos?

Sus suaves facciones formaron una mueca de enfado, pero no por mí, sino hacia sí mismo.

—A veces no recuerdo bien el pasado —dijo Newt con una voz distante—. O quizá simplemente lo cambian y no me lo dicen.

El frío de las horas previas al amanecer me heló la cara. Newt estaba loco. Tenía a un demonio loco en mi vestíbulo y mis compañeros de piso llegarían a casa en unos veinte minutos. *¿Cómo algo tan poderoso como esto puede sobrevivir estando tan desequilibrado?* Pero el desequilibrio raras veces significa estupidez, aunque sí el poder. Y la inteligencia. Y el ser despiadado y demoníaco.

—¿Qué quieres? —le dije mientras me preguntaba cuánto faltaba para que saliese el sol.

Con una mirada de preocupación, Newt suspiró.

—No me acuerdo —dijo por fin—. Pero tienes algo que es mío. Quiero que me lo devuelvas.

Mientras me invadía una serie de emociones desconocidas y los pensamientos de Newt se ponían en orden, entrecerré los ojos para ver mejor a través del sombrío pasillo e intentar averiguar si era macho o hembra. Los demonios podían adoptar la apariencia que deseasen. Ahora mismo Newt tenía las cejas pálidas y un tono de piel claro y totalmente perfecto. Yo diría que era hembra, pero tenía una mandíbula fuerte y aquellos pies descalzos eran demasiado huesudos para resultar bonitos. No les quedaría nada bien el esmalte de uñas.

Seguía llevando el mismo sombrero: redondo, con los laterales rectos y la parte superior plana, fabricado con un exquisito tejido rojo y decorado con unas trenzas doradas. Su corte de pelo, anodino, le llegaba justo hasta debajo de la oreja y no aportaba información sobre su género. Cuando le pregunté de qué sexo era, Newt respondió que si eso importaba. Y mientras observaba a Newt esforzándose por pensar, tuve la sensación de que, en realidad, no es que el demonio creyese que aquello no era importante, sino que él o ella no recordaba cómo había nacido. Quizá Minias sí, fuese quien fuese.

—Newt —dije, con la esperanza de que no se me notase demasiado que me temblaba la voz—, te pido que te vayas. Vete directamente a siempre jamás desde aquí y no vuelvas a molestarme.

Era un buen destierro, excepto que no lo puse primero en un círculo, y Newt levantó una ceja, sin mostrar desconcierto, con una facilidad que demostraba mucha práctica.

—Ese no es el nombre para invocarme.

El demonio echó a andar. Yo me encogí hacia atrás para invocar un círculo, aunque fuese cutre y no estuviese dibujado ni trazado, pero Newt entró en la sala de estar y lo último que vi pasar por el marco de la puerta fue el dobladillo de su túnica. Desde un lugar que no veía, me llegó el sonido de unas uñas arañando la madera. Se escuchó el crujido agudo de la madera al astillarse y Newt se puso a maldecir profusamente en latín.

La gata de Jenks, Rex, pasó por mi lado; la curiosidad estaba haciendo todo lo posible por cumplir el refrán. Me lancé a por aquel estúpido animal, pero no le caía bien, así que dio un brinco y me esquivó. La gatita de color caramelo se detuvo en el umbral de la puerta con las orejas de punta. Moviendo la cola, se sentó y observó.

Newt no estaba intentando arrastrarme a siempre jamás, ni tampoco intentaba matarme. Estaba buscando algo y creo que la única razón por la que me había poseído era para poder buscar en la iglesia consagrada. Y eso era una señal de que el suelo seguía siendo sagrado. Pero aquella maldita cosa estaba loca. A saber cuánto tiempo seguiría ignorándome. Hasta que se decidiese, quizá podría conseguir decirle dónde estaba lo que buscaba, fuese lo que fuese.

Un golpetazo procedente de la sala de estar me hizo dar un brinco y Rex entró con la cola erizada.

Alguien llamando a la puerta principal de la iglesia me hizo girar en el otro sentido, hacia el santuario vacío, pero antes de que pudiese gritar para avisar a quienquiera que fuese, la gran puerta de roble se abrió, ya que había quitado el pestillo a la espera de que regresase Ivy. *Genial, ¿y ahora qué?*

—¿Rachel? —dijo una voz preocupada, y vi entrar a Ceri dando grandes zancadas y vestida con unos vaqueros descoloridos con las rodillas manchadas de tierra, lo que indicaba que había estado en el jardín a pesar de que estaba a punto de salir el sol. A juzgar por sus ojos desorbitados, parecía preocupada y su largo y hermoso cabello ondeaba mientras recorría rápidamente el santuario yermo, dejando huellas de barro con sus zapatillas profusamente bordadas y poco apropiadas para el jardín. Era un elfo encubierto y yo sabía que su horario era como el de un pixie: despiertos día y noche a excepción de unas cuatro horas cada medianoche y cada mediodía.

Desesperada, agité las manos, alternando mi atención entre el vestíbulo vacío y ella.

—¡Vete! —dije, haciendo de todo menos gritar—. Ceri, ¡márchate!

—He oído la campana de la iglesia —dijo, con las mejillas pálidas de preocupación mientras venía a cogerme las manos. Olía de maravilla, con el típico aroma élfico a vino y canela mezclado con el olor honrado de la tierra, y el crucifijo que Ivy le había regalado relucía en la leve claridad—. ¿Estás bien?

*Sí, claro*, pensé mientras recordaba haber oído la campana repicar en el campanario cuando expulsé a Newt de mis pensamientos. La expresión «sonar la campana» no era solo una figura retórica y me preguntaba cuánta energía habría canalizado para hacer que sonase la campana de la torre.

Oímos un ruido desagradable procedente de la sala de estar, como si alguien estuviese arrancando los paneles de la pared. Las cejas rubias de Ceri se elevaron. Mierda, estaba tranquila y seria y a mí me temblaba hasta la ropa interior.

—Es un demonio —susurré, preguntándome al mismo tiempo si se marcharía o intentaría llegar al círculo que yo había hecho en el suelo de la cocina. El santuario seguía siendo suelo sagrado, pero para protegerme de un demonio yo no confiaba en nada más que en un círculo bien dibujado. Sobre todo de ese demonio.

La mirada inquisidora en el delicado rostro en forma de corazón de Ceri se endureció con la cólera. Se había pasado mil años atrapada como familiar de un demonio y los trataba como si fuesen serpientes. Era cautelosa, sí, pero hacía mucho tiempo que había perdido el miedo.

—¿Por qué invocas demonios? —dijo en tono acusador—. Y encima, en pijama —dijo, enderezando sus estrechos hombros—. Te dije que te ayudaría con tu magia. Muchas gracias, señorita Rachel Mariana Morgan, por hacerme sentir inútil.

La agarré por el codo y empecé a empujarla hacia atrás.

—Ceri —le rogué, sin creermelo que su delicado temperamento se hubiese tomado aquello erróneamente—. Yo no lo invoqué. Apareció él solo. —*Como si ahora yo me dedicase a la magia demoníaca.* Mi alma ya tenía tanto hollín demoníaco que podría pintar con él un gimnasio.

Al oírme, Ceri hizo que me detuviese a pocos pasos del santuario abierto.

—Los demonios no pueden aparecerse sin más —dijo, y la preocupación volvió a apoderarse de ella cuando se llevó las manos a su crucifijo—. Alguien debió de invocarlo y luego lo dejó marchar inapropiadamente.

De repente, oí el ruido de unos pies descalzos arrastrándose al otro extremo del pasillo. Se me aceleró el pulso y me di la vuelta. Ceri me siguió un instante después.

—¿No pueden hacerlo... o no lo hacen? —dijo Newt. Tenía la gata en brazos y le estaba acariciando las patas.

A Ceri le fallaron las rodillas e hice ademán de agarrarla.

—¡No me toques! —chilló. De repente, me vi peleándome con ella mientras se giraba a ciegas, se zafaba de mí y salía corriendo hacia el santuario.

*Mierda, creo que tenemos un problema.*

Fui tras ella dando bandazos, pero me empujó hacia atrás cuando llegamos al centro de la sala vacía.

—Siéntate —dijo con manos temblorosas mientras intentaba hacer que me sentase.

*Vale, entonces no nos vamos.*

—Ceri... —empecé a decir, y luego me quedé con la boca abierta cuando la vi sacar una navaja cubierta de tierra del bolsillo de atrás—. ¡Ceri! —exclamé mientras se cortaba con ella el pulgar. Empezó a brotar sangre y, mientras yo la observaba, dibujó un gran círculo murmurando en latín al mismo tiempo. Su

pelo, casi traslúcido, que le llegaba a la cintura, le cubría las facciones, pero estaba temblando. Dios mío, estaba aterrorizada.

»Ceri, ¡el santuario es sagrado! —protesté, pero se conectó a una línea e invocó su círculo. De repente, nos rodeó un campo de siempre jamás manchado de negro y yo me estremecí al sentir el hollín de su antigua magia demoníaca reptar sobre mí. El círculo tenía más de metro y medio de diámetro, bastante grande para poder mantenerlo una persona sola, pero Ceri probablemente era la mejor practicante de líneas luminosas de Cincinnati. Se hizo un corte en el dedo corazón y yo le agarré el brazo.

—¡Ceri, para! Ya estamos a salvo.

Con los ojos abiertos de par en par por el pánico, me apartó de ella, caí en el interior de su campo y me golpeé con él como si se tratase de una pared.

—¡Quítate de en medio! —me ordenó, mientras empezaba a dibujar otro círculo dentro del primero.

Estupefacta, me arrastré hacia el centro y ella extendió su sangre por detrás de mí.

—¡Ceri...! —dije, intentándolo de nuevo, pero me detuve cuando la vi entrelazar la línea con la primera y ejecutarla. Nunca había visto aquello. Empezó a decir oscuras y amenazadoras palabras en latín. Sentí unos pinchazos de energía por la piel y la miré fijamente mientras se cortaba el meñique y empezaba a dibujar un tercer círculo. Mientras lo terminaba y lo invocaba en silencio, las lágrimas le empapaban el rostro. Un tercer manto negro se erigió sobre nosotras, pesado y opresivo. Se pasó la navaja de jardín mugrienta a la mano que tenía ensangrentada y, temblando, se preparó para hacerse un corte en el pulgar izquierdo.

—¡Basta! —protesté. Asustada, la agarré por la muñeca, que estaba pegajosa a causa de su propia sangre.

Ella levantó la cabeza, y sus ojos, aterrorizados, se encontraron con los míos. Tenía la cara tan blanca como la luna.

—No pasa nada —dije, preguntándome qué había hecho Newt para poner a esa mujer tan segura de sí misma e imperturbable en este estado—. Estamos en la iglesia. Está consagrada. Has creado un círculo fantástico. —Lo miré con preocupación mientras zumbaba por encima de nuestras cabezas. El círculo triple era negro por los mil años de maldiciones que Algaliarept, el demonio del que yo la había salvado, le había hecho pagar. Nunca había sentido una barrera tan fuerte.

La hermosa cabeza de Ceri se movía hacia delante y hacia atrás y tenía los labios separados mostrando sus pequeños dientes.

—Tienes que llamar a Minias. Que Dios nos ayude. ¡Tienes que llamarlo!

—¿Minias? —pregunté—. ¿Quién demonios es Minias?

—El familiar de Newt —dijo Ceri tartamudeando. Sus ojos azules transmitían su miedo.

¿Se le había ido la pinza? El familiar de Newt era otro demonio.

—Dame esa navaja —dije, quitándosela a la fuerza. Le estaba sangrando el pulgar y busqué algo con que envolverlo. Estábamos a salvo. Por mí, Newt

podía hacer lo que le diese la gana. Faltaba poco para que amaneciese y yo ya me había sentado a esperar el sol en un círculo otras veces. Me pasaron fugazmente por la cabeza recuerdos de mi exnovio, Nick.

—Tienes que llamarlo —dijo agobiada Ceri, y entonces la vi caer de rodillas y empezar a dibujar un círculo del tamaño de un plato con su sangre mientras sus lágrimas mojaban la vieja madera de roble al tiempo que trabajaba.

—Ceri, no pasa nada —dije, poniéndome de pie, confundida.

Pero ella levantó la vista y perdí toda mi confianza.

—Sí que pasa —dijo en voz baja. El elegante acento que revelaba su origen en la realeza ahora transportaba el sonido de la derrota.

De repente, sentimos una oleada de algo que dobló la burbuja de fuerza que nos refugiaba. Yo miré la media esfera de siempre jamás que nos rodeaba y entonces oí el tañido de la campana de la iglesia al resonar. El manto negro que nos protegía tembló y se encendió adoptando el color puro del aura azul de Ceri durante un instante antes de volver al negro de la mácula demoníaca.

Entonces oímos la delicada voz de Newt procedente de la bóveda situada en la parte posterior de la iglesia.

—No llores, Ceri. No dolerá tanto la segunda vez.

Ceri dio un respingo y yo le agarré el brazo para evitar que saliese hacia la puerta abierta y rompiese su círculo. Ella agitó la mano y me dio en la cara y, al oírme gritar, se desplomó a mis pies.

—Newt ha roto la santidad —dijo Ceri entre sollozos—. La ha roto. No puedo volver allí. Al perdió una apuesta y yo le lancé maldiciones para diez años. ¡No puedo volver allí, Rachel!

Asustada, le puse la mano en el hombro, pero después dudé.

Newt era una hembra. Entonces mi rostro se ensombreció. Newt estaba en el pasillo... en la parte consagrada.

Volví a pensar en aquella ola de energía. Ceri había dicho una vez que un demonio podía desconsagrar la iglesia, pero que era algo poco probable, ya que costaba demasiado. Y Newt lo había hecho casi sin pestañear. *Mierda*.

Tragué saliva y vi a Newt de nuevo en medio del vestíbulo, dentro de lo que había sido suelo sagrado. Rex seguía en los brazos del demonio blandiendo una estúpida sonrisa de gato. El felino naranja no me dejaba tocarlo, pero ronroneaba mientras un demonio loco lo acariciaba. Claro, era lo más lógico.

Con el báculo negro metido en el hueco del codo y envuelta en su túnica de corte elegante, Newt casi parecía una figura bíblica. Su feminidad fue evidente una vez establecido su género. Sus ojos negros, que no parpadeaban, asimilaban plácidamente el círculo de Ceri en medio del santuario casi vacío.

Crucé los brazos para ocultar mi casi desnudez, aunque no es que hubiese mucho que ocultar. El corazón me latía a toda velocidad y se me aceleró la respiración. La marca de demonio que tenía en la planta del pie, una prueba de que le debía a Newt un favor por devolverme de siempre jamás a la realidad durante el último solsticio, palpitaba con fuerza, como si fuese consciente de que su creadora estaba presente.

Desde el otro lado de las altas vidrieras y la puerta principal abierta entró el zumbido de un coche al pasar y el gorjeo de los pájaros madrugadores. Recé para que los pixies se quedasen en el jardín. El cuchillo estaba rojo y pegajoso por la sangre de Ceri. Sentí ganas de vomitar.

—Es demasiado tarde para huir —dijo, cogiéndome otra vez el cuchillo—. Llama a Minias.

Newt se puso tensa. Rex saltó de sus brazos y aterrizó sobre mi escritorio. En un ataque de pánico, la gata saltó al suelo, tirando papeles al suelo mientras salía corriendo a toda velocidad hacia el vestíbulo. Newt dio un paso hacia el círculo de Ceri y lo golpeó con su báculo giratorio mientras su túnica ondeaba con sus movimientos.

—¡Este no es el lugar de Minias! —gritó—. Dámelo a mí. ¡Es mío! ¡Quiero que me lo devuelvas!

La adrenalina hacía que me doliera la cabeza. Vi que el círculo temblaba y luego aguantaba.

—Tenemos muy poco tiempo hasta que la cosa se ponga seria —susurró Ceri, con la cara blanca pero más calmada—. ¿Puedes distraerla?

Yo asentí y Ceri empezó a preparar su hechizo. Noté la tensión en los hombros y recé para que mis dotes de conversación fuesen mejores que para la magia.

—¿Qué es lo que quieres? Dímelo y te lo daré —dije con voz temblorosa.

Newt empezó a rodear el círculo como un tigre enjaulado mientras su túnica de color rojo intenso siseaba contra el suelo.

—No me acuerdo. —La confusión endurecía su rostro—. No lo llares —advirtió el demonio con los ojos negros y brillantes—. Siempre que lo hago me hace olvidar. Quiero recuperarlo y tú lo tienes.

*Vaya, esto se pone cada vez mejor.* Newt posó su mirada sobre Ceri y yo me puse en medio. Tuve medio segundo de advertencia antes de que el demonio golpease de nuevo el círculo con el báculo.

—*¡Corrumpro!* —gritó mientras lo golpeaba. A mis pies, Ceri tembló cuando el círculo exterior brilló con un negro intenso al ser poseído por Newt. Con una sonrisita, Newt tocó el círculo y este desapareció para dejar dos bandas finas y brillantes de irrealidad entre nosotros y la muerte, que iba vestida con una túnica de color rojo oscuro y blandía un báculo negro.

»Has mejorado mucho tus habilidades, Ceridwen Merriam Dulciate —dijo Newt—. Al es un magnífico profesor. Quizá tanto que puede que te merezcas mi cocina.

Ceri no levantó la mirada. La cortina que formaba su pelo claro ocultaba lo que estaba haciendo y sus puntas estaban manchadas de sangre. Yo respiraba rápido y seguí girando para poder ver a Newt hasta que mi espalda estuvo de nuevo frente a la puerta abierta que daba a la iglesia.

—Me acuerdo de ti —dijo Newt, tocando con el extremo de su báculo el lugar donde el círculo se unía con el suelo. Cada toque enviaba un manto negro cada vez más intenso sobre la barrera—. Yo volví a unir tu alma cuando viajaste por

las líneas. Me debes un favor. —Contuve un escalofrío cuando los ojos del demonio se posaron sobre Ceri a través de mis piernas desnudas y pálidas—. Dame a Ceri y lo anularé.

Me quedé de piedra. Arrodillada detrás de mí, Ceri reunió fuerzas para hablar.

—Yo tengo mi propia alma —afirmó con voz temblorosa—. No le pertenezco a nadie.

Newt se encogió de hombros y se puso a jugar con el collar que llevaba puesto.

—La firma de Ceri está por todo el desequilibrio de tu alma —dijo el demonio mientras se acercaba al piano de Ivy y me daba la espalda—. Está lanzando maldiciones por ti, y tú las estás aceptando. Si eso no la convierte en tu familiar, ¿entonces qué es?

—Lanzó una maldición por mí —admití mientras observaba como el demonio acariciaba con sus largos dedos la madera negra—. Pero el desequilibrio lo provoqué yo, no ella. Eso la convierte en mi amiga, no en mi familiar.

Pero al parecer Newt nos había olvidado. De pie junto al piano de Ivy, la figura con túnica pareció convocar el poder de la sala en su interior, convirtiendo así todo lo que un día había sido sagrado y puro en algo para su propio beneficio.

—Aquí —murmuró—. He venido a buscar algo que me pertenece y que tú me robaste... pero esto... —Newt se metió el báculo bajo el brazo, inclinó la cabeza y la mantuvo en esa posición durante un rato—. Esto me molesta. No me gusta estar aquí. ¿Por qué me duele?

Mantener distraída a Newt mientras Ceri trabajaba estaba bien, pero ese demonio estaba como una cabra. La última vez que me había encontrado con Newt al menos razonaba, pero ese inimaginable poder estaba alimentado por la locura.

—¡Fue aquí! —gritó el demonio, y yo di un respingo y contuve un grito. Ceri aguantó la respiración cuando Newt se giró y nos miró con aquellos ojos negros llenos de malevolencia—. No me gusta esto —dijo Newt—. Duele. No debería doler.

—No deberías estar aquí —dije con una sensación de ligereza e irrealidad, como si me estuviese meciendo en el filo de un cuchillo—. Deberías irte a casa.

—No sé dónde está mi casa —dijo Newt. Su suave voz estaba tintada de una intensa cólera.

Ceri me agarró y dijo:

—Ya está listo —susurró—. Llámalo.

Aparté la mirada de Newt mientras el demonio comenzaba a caminar de nuevo en círculos y me fijé en el horrible y elaborado pentáculo rodeado de dos círculos que Ceri había dibujado con su sangre.

—¿Crees que invocar a un demonio para que se ocupe de otro es una buena idea? —susurré, y Newt aceleró el paso.

—Él es el único que puede razonar con ella —dijo Ceri, aterrorizada y desesperada—. Por favor, Rachel. Lo haría yo, pero no puedo. Es magia demoníaca.

Yo sacudí la cabeza.

—¿Un familiar suyo? ¿Habrías ayudado a Al?

Mientras Newt se reía de mi apodo para Algaliarept, su demonio captor, a Ceri le temblaba la barbilla.

—Newt está loca —susurró.

—¿Tú crees? —le espeté mientras pegaba un brinco cuando Newt le dio una patada lateral a la barrera y su túnica giró de manera espectacular. Genial, además sabía artes marciales. ¿Por qué no? Era evidente que llevaba en el mundo bastante tiempo.

—Por eso tiene a un demonio como familiar —dijo Ceri parpadeando con nerviosismo—. Tuvieron un enfrentamiento y el perdedor se convirtió en su familiar. Es más bien algo así como un cuidador y probablemente la estará buscando. No les gusta perderla de vista.

Se me empezaron a iluminar bombillas en la cabeza y me quedé con la boca abierta. Al ver que lo había comprendido, Ceri tiró de mí hacia abajo en dirección al pentáculo que había dibujado con su sangre. Me agarró la muñeca, le dio la vuelta a la mano y dirigió el cuchillo hacia mi dedo.

—¡Eh! —grité mientras retiraba la mano.

Ceri me miró y frunció los labios. Se estaba poniendo de muy mal humor. Eso era bueno. Significaba que creía que podría, podríamos, sobrevivir a esto.

—¿Tienes un punzón para pruebas de glucosa? —me dijo con brusquedad.

—No.

—Entonces déjame que te haga un corte en el dedo.

—Tú ya estás sangrando —dije—. Utiliza tu sangre.

—La mía no funciona —dijo apretando los dientes—. Es magia demoniaca y...

—Sí, ya lo pillo —interrumpí. Su sangre no tenía las enzimas adecuadas y, gracias a algunos pequeños ajustes genéticos ilegales que había hecho para salvar mi vida, había sobrevivido al nacer aunque yo sí las poseía.

La presencia zumbante del círculo que se extendía sobre nosotras pareció titubear y Newt emitió un sonido de éxito. Ceri se estremeció al perder el control del círculo de en medio y Newt lo derribó. Solo quedaba un círculo fino y frágil. Extendí la mano, muerta de miedo. Ceri y yo nos miramos a los ojos y me di cuenta de que el estrés hacía más hermosas sus facciones angulosas. Yo solo estaba fea cuando me asustaba. Newt tenía la mano suspendida sobre el último círculo y sonreía con maldad mientras murmuraba en latín. Aquello se había convertido en una carrera.

Ceri hizo un pequeño corte en mi dedo y yo me sacudí al notar el pinchazo mientras veía brotar una perla roja.

—¿Qué hago? —le pregunté. Aquello no me gustaba nada.

Con sus ojos azules llenos de lágrimas, me giró la mano con la palma hacia abajo y la colocó en el círculo. La vieja madera de roble pareció vibrar, como si la fuerza de su vida almacenada estuviese fluyendo hacia mí, conectándome a la rotación de la tierra y al fuego del sol.

—Es una maldición pública —dijo, y sus palabras salieron a borbotones—. La frase de invocación es «*mater tintinnabulum*». Di eso y el nombre de Minias en tu mente y la maldición te conectará.

—No invoques a Minias —amenazó Newt, y entonces noté que el control de Ceri sobre el último círculo aumentaba mientras el demonio estaba distraído—. Te matará más rápido que yo.

—No lo vas a invocar, vas a pedirle que te preste atención —dijo Ceri desesperada—. El desequilibrio normalmente iría hacia ti, pero lo puedes negociar a cambio de decirle dónde está Newt y él lo aceptará. Si no lo hace, lo haré yo.

Era una gran concesión por parte de la elfa cubierta de mácula. Aquello cada vez tenía mejor pinta, pero el sol todavía no había salido y Newt parecía preparada para destrozarnos. No creía que Ceri pudiese mantener la concentración durante mucho más tiempo contra un señor de los demonios. Y tuve que creerme aquello de que los demonios tenían una manera de controlar a ese miembro de su especie, pues de lo contrario ya estarían muertos. Si se llamaba Minias y se hacía pasar por su familiar, entonces era así como había que hacerlo.

—Date prisa —susurró Ceri, con la cara empapada en sudor—. Probablemente aparecerás como un usuario no registrado pero, a menos que ella lo haya maldecido de nuevo, probablemente la estará buscando y responderá.

¿*Usuario no registrado?*, me pregunté. Me humedecí los labios y cerré los ojos. Ya estaba conectada a la línea, así que lo único que quedaba era invocar la maldición y pensar en su nombre. *Mater tintinnabulum*, *Minias*, pensé, sin esperar que ocurriese nada.

Mi respiración era entrecortada y sentí la mano de Ceri agarrándome la muñeca, obligándome a permanecer en el círculo. Sentí una sacudida de siempre jamás que brotó de mí y que tenía el color de mi aura. Sentí que me abandonaba como un pájaro aleteando y luché por mantener la calma mientras veía a aquello huir de mi imaginación, llevándose consigo una parte de mí.

—¡No permitiré que me lo robe! —gritó Newt—. ¡Es mío! ¡Quiero recuperarlo!

—Concéntrate —susurró Ceri, y eso hice. Sentí que aquel trozo que se había liberado de mí resonaba como una campana por todo siempre jamás. Y como una campana que suena, recibió contestación.

*Estoy un poco ocupado*, dijo una voz irritada. *Deje un mensaje en el maldito teléfono y me pondré en contacto con usted.*

Sentí un escalofrío al sentir vagar por mi mente unos pensamientos que no eran míos, pero Ceri me mantuvo la mano inmóvil. Dentro de Minias había una acumulación de preocupación, culpa y contrariedad. Pero me había ignorado como a una teleoperadora y estaba dispuesto a cortar la conexión.

*Newt*, pensé yo. *Llévate el desequilibrio por haberte convocado y te diré dónde está. Y promete que no nos harás daño*, añadí. *Ni dejarás que ella nos lo haga. ¡Y sácala de una maldita vez de mi iglesia!*

—¡Date prisa! —gritó Ceri, y estuve a punto de perder la concentración.

*Trato hecho*, pensó la voz con decisión. La preocupación de Minias se acentuó en gran medida y se unió a la mía. *¿Dónde estás?*

Mi breve euforia desapareció. *Esto...*, pensé mientras me preguntaba cómo dar indicaciones a un demonio, pero el propio Minias también se sintió confundido.

*¿Qué rayos está haciendo al otro lado de las líneas? Está a punto de salir el sol. ¡Está intentando matarme!,* pensé yo. *¡Trae tu culo aquí y ven a recogerla! No estás registrada. ¿Cómo se supone que voy a saber quién eres? Tendré que...*

Me puse tensa y separé la mano del círculo y de la mano de Ceri cuando la presencia de la voz estrujó más mis pensamientos. Respirando con dificultad, me caí de culo y mi cuerpo reflejó mi intento por desprenderme de la presencia de Minias.

—Penetrar en tus pensamientos —dijo una voz oscura pero dulce.

—Dios, tú que estás en los cielos, sálvanos —dijo Ceri jadeando.

Mi cabeza se giró y pude ver que Ceri se caía de espaldas. Golpeó el círculo y el pánico me invadió al ver que se rompía y emitía un destello negro.

*Oh, Dios, estamos muertas.*

Nuestras miradas se encontraron mientras ella se sentaba en el suelo. Sus ojos decían que pensaba que nos había matado. Newt gritó y yo me giré donde estaba sentada y me quedé paralizada por la conmoción.

Entre nosotros y Newt no había nada, solo un hombre cuya túnica púrpura era idéntica a la de ella excepto en el color. Iba descalzo y justo en ese instante recordé el brillo de aquella túnica al ponerse entre Ceri y yo cuando él empujó a la elfa contra la burbuja para hacer que se rompiera y así poder llegar a Newt.

—Suéltame, Minias —gritó Newt, y yo abrí los ojos de par en par al ver aquella mano de nudillos gigantes agarrándola por el antebrazo—. Tiene algo que me pertenece y quiero que me lo devuelva.

—¿Qué tiene tuyo? —le preguntó él con tranquilidad, de espaldas a mí. Minias le sacaba una cabeza a Newt y la hacía parecer vulnerable a pesar de la mordaz vehemencia de su voz. La voz de Minias tenía un tono fingido demasiado despreocupado. De repente vi que le tenía agarrado el báculo a Newt justo por encima de la mano. Pero Newt no se calmó, ni siquiera cuando la dulce voz de Minias invadió el santuario, profanado como un bálsamo. Era una voz tranquilizadora, pero también tensa.

Newt no dijo nada. Podía ver el dobladillo de su túnica temblar al otro lado de Minias. Me puse de pie con dificultad y Ceri, que estaba a mi lado, hizo lo mismo. No se molestó en restituir el círculo. ¿Qué objetivo tenía todo eso? Minias se movió para bloquear la vista de Newt. Estaba centrado en ella, pero yo estaba segura de que era consciente de nuestra presencia y parecía saber lo que estaba haciendo. Todavía no le había visto la cara, pero tenía el pelo corto y castaño y llevaba los rizos aplastados por el mismo sombrero que llevaba Newt.

—Respira —dijo Minias, como si estuviese intentando provocar algo—. Dime qué es lo que quieres.

—Quiero recordar —susurró ella. Era como si nosotras ya no estuviésemos en aquella estancia. Estaban totalmente concentrados el uno en el otro y entonces Minias dejó de apretarle el brazo.

—Entonces, ¿por qué...?

—Porque duele —dijo ella, moviendo sus pies descalzos.

Inclinándose hacia ella, como si estuviese preocupado, le preguntó con suavidad:

—¿Por qué has venido aquí?

Ella permanecía en silencio y, por fin, dijo:

—No me acuerdo —lo dijo agitada, con una voz suave y amenazante, y la única razón por la que la creí fue porque era evidente que lo había olvidado ya antes de que apareciese Minias.

Minias dejó a un lado su cólera. Me sentía como si estuviese presenciando un acontecimiento común pero que raras veces se ve y esperaba que no nos llevasen con ellos cuando estuviesen listos para marcharse.

—Entonces vámonos —dijo él con una voz tranquilizadora, y yo me pregunté cuánto de cuidador había allí y cuánto de simple preocupación. ¿Podían los demonios preocuparse los unos por los otros?

»Quizá te acuerdes cuando regresemos —dijo mientras giraba a Newt como si fuese a llevársela—. Si te olvidas de algo tienes que ir al primer lugar en que pensaste en ello, y allí te estará esperando.

Newt se negó a caminar con él y nuestros ojos se encontraron cuando Minias se apartó.

—No está en casa —dijo ella frunciendo la frente para mostrar un profundo dolor interior y, debajo de eso, un poder desbordante contenido por el demonio cuya mano había pasado del báculo a su propia mano—. Está aquí, no allí. Sea lo que sea, está aquí. O lo estaba. Yo... lo sé. —La cólera se reflejó en su frente, nacida de la frustración—. Tú no quieres que recuerde —le dijo en tono acusador.

—¿Que yo no quiero que recuerdes? —le preguntó él con dureza mientras la soltaba para extender la mano en un gesto de exigencia—. Dámelos. Ya.

Yo miré a uno y después al otro. Había pasado de amante a carcelero en un segundo.

—Me falta mi alijo de tejo —dijo él—. Yo no te he hecho olvidar. Dámelos.

Newt frunció los labios y puntos de color aparecieron en sus mejillas. Aquello estaba empezando a cobrar sentido. El tejo era altamente tóxico y se utilizaba casi exclusivamente para comunicarse con los muertos y para hacer olvidar encantamientos. Yo había encontrado uno en la parte de atrás del cementerio junto a un mausoleo abandonado y, aunque yo no me comunicaba con los muertos, lo había dejado con la esperanza de que la negación plausible me hiciese mantener el trasero fuera de los tribunales si alguien lo encontraba allí. El cultivo de tejo no era ilegal, pero cultivarlo en un cementerio, donde su fuerza era mucho mayor, sí lo era.

—Los he hecho yo —espetó Newt—. ¡Son míos! ¡Los he hecho yo!

Ella se dio la vuelta para marcharse, pero Minias agarró el báculo y la hizo girarse de nuevo. Entonces pude verle la cara. Tenía una mandíbula fuerte que apretaba por la tensión. Sus ojos rojos de demonio eran tan oscuros que casi escondían su característico aspecto similar al de las cabras y tenía una nariz aguileña muy marcada. Estaba encolerizado, con lo que conseguía equilibrar a la perfección el temperamento de Newt.

Las emociones los invadieron a ambos como un torrente líquido y rápido. Fue como si una discusión de cinco minutos hubiese tenido lugar en tres segundos. La cara de ella cambiaba y la de él le respondía provocando cambios de humor en ella que se reflejaban en su lenguaje corporal. Él la manipulaba con sumo cuidado, a ese demonio que había profanado la iglesia casi sin parpadear, que le había dado la vuelta a un triple círculo de sangre a su antojo... algo que siempre me habían dicho que era imposible, pero de lo que Ceri sabía que Newt era capaz. No sabía a quién tenerle más miedo: a Newt, que podría asolar el mundo, o a Minias, que era quien la controlaba.

—Por favor —le pidió él cuando la cara de ella mostró disgusto y miró hacia abajo. Newt dudó un poco y luego metió la mano en el bolsillo de su enorme manga y sacó de él un puñado de frascos.

—¿Cuántos invocaste cuando recordaste? —le preguntó él mientras los frascos tintineaban.

Newt miró al suelo, abatida, aunque su comportamiento me decía que no lo sentía.

—No me acuerdo.

Él sacudió los frascos en la mano antes de metérselos en el bolsillo al ver claramente su actitud impenitente.

—Faltan cuatro.

Ella lo miró y empezó a derramar lágrimas de verdad.

—Duele —dijo ella, y casi me muero de miedo. *¿Newt se había autoinfligido la pérdida de memoria? ¿Qué fue lo que recordó que no quería recordar?*

Ceri estaba de pie a mi lado, casi olvidada, y al verla desplomarse comprendí que aquello casi había terminado. Me pregunté cuántas veces habría presenciado aquello.

Ya más tranquilo, Minias se acercó a Newt y su túnica púrpura la rodeó. Newt se rodeó con los brazos a sí misma y dejó que él la agarrase, con los ojos cerrados, y metió la cabeza bajo la barbilla de él. Transmitían una imagen elegante y serena, allí de pie con sus túnicas de vivos colores y su digna actitud. Me pregunté cómo podía haber dudado del sexo de Newt. Ahora estaba muy claro, y me acordé de que quizá ella había cambiado sutilmente su aspecto. Al verlos juntos sentí un escalofrío. Minias era el único que podía sacar de la locura a Newt. No me parecía que fuese simplemente un familiar de ella. No creía que fuese alguien sin importancia.

—No deberías llevártelos —susurró él, acariciándole la frente con su aliento. Tenía una voz cautivadora que se elevaba y descendía como si de música se tratase.

—Duele —dijo ella, con voz apagada.

—Lo sé. —Sus ojos demoníacos se cruzaron con los míos y sentí un escalofrío—. Por eso no me gusta que salgas sin mí —le dijo él, mirándome a mí pero hablándole a ella—. No los necesitas. —Minias rompió el contacto visual que mantenía conmigo, le giró la cara para tenerla de frente y le agarró la cara entre sus manos.

Me abracé a mí misma y me pregunté cuánto tiempo llevarían juntos. ¿Lo suficiente como para que una carga obligada se hubiese convertido en un peso llevado voluntariamente?

—No quiero recordar —dijo Newt—. Las cosas que he hecho...

*¿Un demonio con conciencia? ¿Por qué no? Tienen alma.*

—No —dijo Minias, interrumpiéndola, y luego la agarró con más dulzura—. Prométeme que la próxima vez que recuerdes algo me lo dirás en lugar de salir a buscar las respuestas.

Newt asintió y luego se tensó entre sus brazos.

—Eso es lo que estaba haciendo —susurró ella, y se me hizo un nudo en el estómago al ver que se había dado cuenta. Minias se quedó inmóvil y Ceri, que estaba a mi lado, palideció—. ¡Estaba en tus diarios! —exclamó Newt mientras le daba un empujón—. Has escrito todo lo que recuerdo. ¿Cuántos recuerdos tienes en tus libros, Minias? ¿Cuánto sabes de lo que yo quería olvidar?

—Newt... —dijo él con tono de advertencia mientras rebuscaba en los bolsillos.

—¡Los he encontrado! —gritó Newt—. ¡Tú sabes por qué estoy aquí! ¡Dime por qué estoy aquí!

Di un respingo cuando Ceri me agarró la mano. Gritando de cólera, Newt agitó su báculo en dirección a Minias. Los dedos de él iniciaron una danza en el aire, como si estuviese hablando en lengua de signos, y creó un hechizo de línea luminosa. Sentí un bajón enorme, como si alguien estuviese tirando de la línea hacia fuera y, con un grito sorprendente, Minias terminó su hechizo sacándole la tapa a un frasco de los que le había dado Newt y agitándolo hacia ella.

Newt gritaba consternada mientras las chispas revoloteaban por el aire y su ira, su frustración y dolor llegaban a su máxima profundidad. Y entonces la alcanzó la poción y su rostro perdió toda expresión.

Se quedó quieta, parpadeó, miró el santuario vacío como sin reconocerlo y luego nos miró a Ceri y a mí. Vio a Minias y luego tiró el báculo al suelo como si fuese una serpiente. El báculo cayó al suelo produciendo un ruido seco y rebotó. En el exterior, al otro lado de las vidrieras, los petirrojos estaban cantando con la bruma del amanecer, pero allí dentro era como si el aire estuviese muerto.

—¿Minias? —dijo ella con un tono confuso y consternado.

—Ya está —dijo él con una voz suave. Se acercó a ella, recogió el báculo y se lo devolvió.

—¿Te he hecho daño? —Su voz mostraba preocupación y, cuando Minias dijo que no con la cabeza, ella se sintió aliviada, aunque luego volvió a invadirla una profunda tristeza. Sentí ganas de vomitar.

—Llévame a casa —dijo el demonio mientras me miraba—. Me duele la cabeza.

—Espérame. —Minias me miró a mí y luego a ella—. Iremos todos juntos.

Ceri contuvo la respiración mientras el demonio se acercaba a nosotras con la cara mirando hacia abajo y sus anchos hombros encorvados. Se me pasó por la cabeza volver a restablecer el círculo, pero no lo hice. Minias se detuvo ante mí, tan cerca que me hizo sentir incómoda. Sus ojos cansados recorrieron lentamente mi ropa de dormir, la sangre de Ceri que manchaba mis manos y los tres círculos que casi no habían podido detener a Newt. Levantó la mirada y observó el interior del santuario, donde estaba mi escritorio, el piano de Ivy y el vacío absoluto entre ambos.

—¿Fuiste tú quien robó a Ceri de su demonio? —me preguntó, cosa que me sorprendió.

Quería explicarle que había sido un rescate, no un robo, pero me limité a asentir.

Él levantó y bajó la cabeza una vez, haciéndome burla, y entonces me fijé en sus ojos. El rojo era tan oscuro que parecía marrón y su característica pupila horizontal demoníaca me hizo pararme y pensar.

—Tu sangre avivó la maldición —dijo, y sus ojos rojos de cabra se dirigieron al círculo de sangre que había a mi lado—. Me dijo que te empujó a través de las líneas el invierno pasado. —Me miró de arriba abajo, evaluándome—. No me extraña que Al esté interesado en ti. ¿Tienes algo que pueda haberla atraído?

—¿Además del favor que le debo? —dije con voz temblorosa—. No lo creo.

Miró el elaborado círculo que Ceri había dibujado para que yo pudiese contactar con él.

—Si se te ocurre algo, llámame. Me haré cargo del desequilibrio. No quiero que vuelva aquí.

Ceri me apretó el brazo. *Sí, yo tampoco*, pensé.

—Quédate aquí —dijo mientras se daba la vuelta—. Volveré para arreglar cuentas.

Alarmada, le tiré de la mano a Ceri.

—Eh, espera, demonio. Yo no te debo nada.

Cuando se giró pude ver que tenía las cejas levantadas con un gesto de burla.

—Te lo debo yo, idiota. Casi ha amanecido. Tengo que salir de aquí. Volveré cuando pueda.

Ceri tenía los ojos como platos. No se me ocurrió que fuese algo bueno que un demonio me debiese un favor.

—Eh —dije mientras daba un paso hacia adelante—. No quiero que aparezcas sin más. Es de mala educación. *Y además acojona*.

Minias parecía impaciente por marcharse mientras se colocaba la túnica.

—Sí, lo sé. ¿Por qué crees que los demonios intentan matar a quienes los invocan? Estás verde, eres poco inteligente y utilizas arpías maleducadas y torpes que nos piden que crucemos las líneas y que nos hagamos responsables de las consecuencias.

Me calenté, pero antes de que pudiese decirle que se pirase, él dijo:

—Te llamaré yo primero. Tú te llevas el desequilibrio por eso, ya que lo has pedido.

Miré a Ceri para pedirle consejo, y ella asintió. La garantía de que no aparecería mientras me estuviese duchando ya valía la pena.

—Trato hecho —dije yo escondiendo la mano para que no me la agarrase.

Newt estaba detrás de él y me miró con la frente arrugada. Minias caminó con pasos silenciosos hacia ella para agarrarla por el codo de manera posesiva y sus ojos preocupados se dirigieron a los míos. Levantó la cabeza para mirar detrás de Ceri y de mí y abrir la puerta; entonces escuché el ruido de una moto entrando en la marquesina del aparcamiento. Desaparecieron en un abrir y cerrar de ojos.

Me desplomé aliviada. Ceri se apoyó en el piano y al hacerlo lo manchó de sangre con los antebrazos. Empezaron a temblarle los hombros y yo le puse una mano sobre uno de ellos, aunque solo me apetecía hacer lo mismo. Escuchamos fuera el silencio repentino de la moto de Ivy al apagarse, y luego sus característicos pasos sobre el caminito de cemento.

—Entonces el de la tienda le dice al pixie: «¿Qué número tiene usted de pie?» —dijo Jenks, batiendo las alas—. Y el pixie le responde: «El mismo que sentado». —Jenks se rió. El tintineo de su risa era como el de las campanillas de viento—. ¿Lo pillas, Ivy? ¿«De pie»? ¿«Sentado»?

—Sí, lo pillo —murmuró ella, acelerando el paso mientras subía los escalones de cemento—. Muy bueno, Jenks. Oye, la puerta está abierta.

Al entrar eclipsaron la luz que entraba en la iglesia y Ceri se levantó y se limpió la cara, manchándola de sangre, lágrimas y de tierra del jardín. Tanto yo como la iglesia apestábamos a ámbar quemado y me pregunté si alguna vez me volvería a sentir limpia. Nos pusimos de pie juntas, entumecidas, mientras Ivy se detenía justo en el vestíbulo. Jenks planeó durante tres segundos y luego, mientras soltaba tantos tacos como chispas, salió disparado en busca de su mujer y de sus hijos.

Ivy se llevó una mano a la cadera ladeada e intentó asimilar la escena: los tres..., no, los cuatro círculos dibujados con sangre, yo en pijama y Ceri llorando en silencio y agarrando su crucifijo con la mano manchada de sangre pegajosa y medio seca.

—Por el amor de Dios, ¿qué habéis hecho ahora?

Mientras me preguntaba si volvería a dormir alguna vez, miré a Ceri y dije:

—No tengo ni idea.